

Leiva. Antes que el pueblo se alzara
De Martos salió á galope
Don Gonzalo. Yo le vi.
Juan. Mas sus hermanos feroces,
Bienquitos con esa plebe...
Rey. Basta: los aceros obren.
¿Qué sirven lenguas ahora?
Ben. Ballesteros, ricos-hombres,
Seguidme. Con su cabeza
Benavides os responde
Del triunfo.

ESCENA XV.

EL REY, DON JUAN.

Pueblo. ¡Viva María! (Dentro.)
¡Mueran, mueran los traidores!
Rey. Morirán, si; y á mis manos.
(En acto de partir con la espada desnuda.)
Juan. ¿Adónde, señor, adónde
Correis...?
Voces. ¡Viva el rey! (Dentro.)
Rey. Dejadme...
Juan. No os aventuréis. La noche
Es oscura. Si á su sombra
Algun aleve... Ya se oye.
Mas apartado el motin. —
¡Vencimos! Mirad. Se rompen
(Mirando por una ventana. El rey se acerca
también á ella.)
Los amotinados grupos. —
¿No veis cuál huyen veloces?
Voces. ¡Viva el rey! (Mas cerca.)
Rey. ¡Oh si en mis manos
(Volviendo al proscenio.)
Viese á los viles autores
De la horrible sedición!
Yo les juro por mi nombre...

ESCENA XVI.

EL REY, DON JUAN, CASTRO, LEIVA,
CASTAÑEDA, CABALLEROS, SOLDADOS.

Castro. El tumulto se ha deshecho.
Unos huyen á los montes,
Otros en la calle espiran
O á los hogares se acogen.
Mas quiere Dios que con sangre
Esclarecida se compre
La victoria. Benavides...
Rey. ¿Herido...?

Castro. ¡Muerto!
Juan. ¡Mi noble
Fiel amigo...! — Dadme albricias.
(Aparte al rey.)
Ya no hay hermano que estorbe.
Vuestra será doña Sancha.
Rey. Sus claras cenizas se honren
En suntuoso funeral,
Y los valientes le lloren;
Y pues huérfana ha quedado
Su hermana, daréla dote
Y mi pupila ha de ser. —
¿Se han hecho algunas prisiones?
Castro. A don Juan de Carvajal
Y á su hermano...

Rey. ¡Ah! Los traidores
¿Son ellos?
Castro. Entre los grupos
Los han preso y á dos hombres
Del pueblo...
Rey. Si fueren reos
No esperen que los perdone.
Juan. (Si; reos serán. ¡Oh gozo!)
Rey. Que los lleven á la torre
De Palacio. Mi justicia
Ha de estremecer al orbe.

ACTO SEGUNDO.

Sala en la torre del palacio de Martos, inmediata á las prisiones. Puerta en el foro, que es la general de entrada; otra á la derecha del actor, por donde entran y salen el rey y el infante don Juan, y otra en frente de esta, que es la que guía á los calabozos, y al tribunal. A la parte exterior del foro se deja ver un centinela.

ESCENA PRIMERA.

DON JUAN, EL CARCELERO.

Juan. ¿Qué hace el juez?
Carc. Sin descansar
La pesquisa está formando.
Juan. ¿Van los presos declarando?
Carc. Pronto los van á llamar
Juan. Bien... Traedme (Es tiempo aun.)
A uno de aquellos dos hombres...
No recuerdo bien sus nombres.
Carc. Gil Pelaez y Fortun.
Juan. Si. Cualquiera de los dos.

El otro vendrá después.
Carc. (¿Don Juan pone aquí los piés?
No es para servir á Dios.)

ESCENA II.

DON JUAN.

¡Tal virtud en baja plebe!
A precio pongo sus cuellos,
Y á declarar contra ellos
Solo un testigo se atreve.
Mas con un solo testigo
Condenar no puede el juez.
Esos villanos tal vez
Por evitar el castigo...

ESCENA III.

DON JUAN, PELAEZ.

(El carcelero conduce á Pelaez, y se retira.)

Pel. Me envía aquí el carcelero...
Juan. ¿Cómo te llamas, buen hombre?
Pel. Gil Pelaez es mi nombre.
Juan. ¿Y tu oficio?
Pel. Soy herrero.
Juan. ¿Qué tal lo pasas en él?
Pel. Perramente. El triste pan
Apenas gano, don Juan,
Y echo en la fragua la hiel.
Juan. Aun por eso no es extraño
Que aprendas otro mejor.
Pel. ¿Cuál?
Juan. El de conspirador.
Pel. Ese es el que medra ogaño.
Vos de alta sangre real
Sabeis todo eso al dedillo.
Juan. ¡Villano! ¿Tú...?
Pel. Soy sencillo
Y no lo digo por mal.
Juan. Y perdono á tu ignorancia.
Pel. Señor...
Juan. Y á piedad me mueve
Tu pena. Nunca á la plebe
Traté yo con arrogancia.
Pel. Con que ¿os doleis de mis males?
Juan. Y libertarte procuro.
Pel. ¿Cierto?
Juan. Sirvan de seguro
(Sacando una bolsa.)

Estos doscientos mercales.
Pel. Dadme...
Juan. Paso. No hay presente
Si no lo ganas primero.
Pel. ¿Qué me mandais?
Juan. Solo quiero...
Que sepas ser inocente.
Pel. Yo, señor, de buena fe
En la zambra me metí.
A los del barrio seguí:
Gritaron, y yo grité.
Juan. Mas al sedicioso enjambre
Te condujo...
Pel. Fué mi guía
Mi amor á doña María
Exaltado por el hambre.
Juan. Si esa sola confesion
Oye de tu boca el juez
No logras por esta vez
Ni dinero ni perdon.
Pel. Pues ¿qué haré?
Juan. Toda la historia
Referir...
Pel. (Ya te comprendo.)
Ídmela vos refiriendo,
Que soy flaco de memoria.
Juan. ¿No os dijo anoche un compadre
Que aquel insulto á la ley
Fué por destronar al rey
Dando el gobierno á su madre?
Pel. Es verdad. (No lo sabía.)
Juan. De ese crimen en descargo,
Vos ignorais sin embargo
Que es crimen de alevosia.
Pel. ¿Y si me ahorcan, señor,
Aunque ignorante haya sido?
Juan. Se perdona al seducido
Y se castiga al motor.
Pel. ¿Al motor decis? Pues bien;
Para hacer aquel entuerto
Yo fui seducido; es cierto. —
Ahora vos direis por quién.
Juan. ¡Qué memoria tan fatal!
¿Quién pudo armar vuestras manos
Sino los viles hermanos
Juan y Pedro Carvajal?
Pel. (¿Qué infante tan embustero!
Mas su oro...) Teneis razon:
Ellos los traidores son.
Mi conciencia es lo primero.
Juan. Y acaso por sus ardides
Feneció... ¿Sabes por suerte
O viste tú quien dió muerte
A don Juan de Benavides?
Pel. Un Carvajal; mas por Dios
Que hoy no puedo recordar
Si Pedro ó Juan...

Juan. Por no errar...
Pel. Si; le mataron los dos.
Carl. Pelaez. (A la puerta.)
Juan. Ya el tribunal
 Te llama.
Pel. De su balanza
 Dueño sois, que es mi fianza
 Una bolsa. (La toma.)
Juan. Y un puñal.
 (Requiere el que lleva al pecho.)
Pel. No hay para qué. Tengo honor
 Y vuestra duda me ultraja.
Juan. ¡El Pelaez es albaja!
Pel. ¡El infante es de mi flor!

ESCENA IV.

DON JUAN, FORTUN.

(El carcelero conduce á Fortun, y se retira.)

Fort. ¿Sois vos quien llama á Fortun?
Juan. Si; y á sacarte me ofrezco
 De la cárcel...
Fort. Lo agradezco.
Juan. Si me sirves...
Fort. ¿Yo? Segun.
Juan. Violando anoche la ley
 Sé que obraste sin malicia.
Fort. Señor, quien pide justicia
 Ni á Dios ofende ni al rey.
Juan. Con máscara de lealtad
 De un seductor el influjo...
Fort. A mí nadie me sedujo.
 Libre fué mi voluntad.
Juan. Falso celo te engañó...
Fort. Yo sé bien, aunque villano,
 Tan bien como un cortesano,
 Lo que es bueno y lo que no.
Juan. Fiar suele el hombre bueno
 Del que virtudes le miente;
 Presume obrar libremente,
 Y obra por impulso ajeno.
 ¡Cuántos pasan por leales
 Y en su alma está la traicion!
Fort. Eso es verdad.
Juan. Tales son
 Los hermanos Carvajales.
Fort. Quien así los injurió
 Miente: decidse así.
 Si hay algun Judas aquí,
 No es de su linaje, no.
Juan. Autores son del insulto
 Que anoche...

Fort. Es calumnia atroz.
 Antes su espada y su voz
 Atajaron el tumulto.

Juan. Convictos los dos están.
 Si los defiendes aun,
 Tú eres perdido, Fortun,
 Y ellos no se salvarán.

Fort. ¿Yo de falso testimonio
 Reo vil? Si al cielo plugo,
 El cuello daré al verdugo,
 Pero no el alma al demonio.
 El pueblo que hambriento gime
 No ha menester consejeros
 Para demandar sus fueros
 Al tirano que le oprime.
 Los que á lágrimas sin fin
 Para saciar su ambicion
 Le condenan, esos son
 Los autores del motin.
 Ni el pueblo, si en fiero bando
 Contra los traidores grita,
 Su cetro heredado quita
 Al nieto de san Fernando.
 Justicia, señor, implora,
 Pues por ella paga pechos,
 Y vuelve por los derechos
 De una reina á quien adora.
 Es ya, mas que torpe yerro,
 Crimen que pide venganza
 Que esté don Juan en privanza
 Y ella en injusto destierro.

Juan. Don Juan tan solo desea...

Fort. Nunca la cara le ví,
 Pero tengo para mí
 Que debe de ser muy fea.

Juan. ¡Audaz villano!

Fort. Si vos

Su amigo sois por desgracia,
 Decidle con eficacia
 Que tenga temor de Dios.
 Decidle al rey que no impío
 Al rey de reyes enoje,
 Y que de su lado arroje
 A ese condenado tío.
 Y al error y al frenesí
 La voz de la sangre venza;
 Que es una mala vergüenza
 Tratar á su madre así.

Juan. Basta. En fin, ¿quieres perderte?
 Adios, imprudente mozo.

Fort. Ni me aflige el calabozo
 Ni me acobarda la muerte.

Juan. Ya que en la horca no mueras
 Si de tí se apiada el juez,
 Por diez años y otros diez
 Remarás en las galeras.

Fort. Navegaré sin escote,

Que el rey me lo pagará;
 Y acaso el juez temblará
 Mientras ria el galeote.

Carc. Fortun. (A la puerta.)

Juan. ¡El cielo te asista!
 Pero haces mal, por mi fe...

Fort. Ya he dicho á vuesamercé
 Que á mi nadie me conquista.
 Ni el oro me hará mentir,
 Pues que Dios me quiso dar
 Brazos para trabajar
 Y valor para morir.

ESCENA V.

DON JUAN.

¡Qué teson tiene el villano!
 Mas con Pelaez y el otro
 Me basta, y aun ambos sobran,
 Pues cuento con el enojo
 Del rey. El se precipita
 Y yo mi venganza logro.

ESCENA VI.

DON JUAN, EL REY.

Rey. ¡Que no se alcanzó á Gonzalo!
Juan. Es un águila su potro.

Rey. ¡Ay de él si á pisar se atreve
 Otra vez mi territorio!
 Mas ya que rehenes me deja
 No se me di'ate el gozo
 De la venganza. ¿En qué estado
 Se halla la causa?

Juan. Muy pronto
 La terminará el merino,
 Y como el crimen supongo
 Comprobado...

Rey. Si lo está,
 ¿Qué hace ese juez? ¿Es de plomo?
 Urge el dar un escarmiento
 A mi pueblo, y es forzoso...

ESCENA VII.

EL REY, DON JUAN, LEIVA.

Leiva. Señor...

I.

Rey. Entrad. Ya se alojan
Leiva.

En Martos y sus contornos
 Las lanzas que de Jaen
 Envía Rodrigo Osorio,
 Y del terror dominada
 Yace la villa en reposo.
 Mas, no os lo debo ocultar,
 Si el cielo oyera sus votos
 Libres los dos Carvajales
 Saldrian del calabozo.

Rey. ¿Tan queridos son en Martos?

Leiva. No os debe causar asombro.
 Esta villa es de la órden
 De Calatrava: uno y otro
 Visten su hábito...

Rey. ¿Qué importa?
 Mas poder tiene mi trono
 Que esa cogulla insolente.

Juan. El maestro acosa al moro
 Con su hueste: solo quedan
 Los ancianos y achacosos
 En la encomienda, y si el fallo
 Se apresura...

Leiva. Fuerte escollo
 Contrariar puede ese intento
 Si, como yo lo supongo,
 Rehusan los Carvajales
 Ser juzgados por el foro
 Civil. Calatravos son,
 Y solo los religiosos
 Del órden...

Juan. Se les acusa
 De sedicion y soborno,
 Y de homicidio á las puertas
 Del alcázar. No conozco
 Cuando se juzga á traidores
 Otro fuero que el del solio.

Rey. Si á mi poder soberano
 Se atreviese á poner coto
 El órden de Calatrava,
 Yo de ese importuno estorbo
 Me sabría libertar;
 Que mas fuertes y orgullosos
 Fueron ayer los templarios
 Y yacen hoy en el polvo.

ESCENA VIII.

EL REY, DON JUAN, LEIVA, EL MERINO
MAYOR.

Mer. Los Carvajales, señor,
 Escudados con sus votos
 Y exenciones, se oponian

21

A declarar, testimonio
Pidiendo de lo que llaman
Incompetencia, despojo
De jurisdicción... No en vano
Vuestro nombre en fin invoco,
Y compelidos por mí
Protestan que del trastorno
De anoche son inocentes;
Que antes con lealtad y arrojo
Entrambos lo contuvieron;
Que ellos á don Juan Alfonso
Benavides no mataron;
Y aunque era muy justo el odio
Que le tenían, le hubieran
Combatido rostro á rostro,
A la luz del medio día,
Sin ventaja, sin desdoro
De su fama; no de noche
Cual sicarios alevosos.

Rey. ¿Qué declaran los testigos?

Mer. A serlo se niegan todos,
Por temor de que los juzguen
Cómplices del alboroto;
Mas de tres que han declarado,
Dos los acusan; y otro...

Rey. Basta.

Mer. Siguiendo del juicio
Los trámites...

Rey. Son ociosos.
El delito está probado:
La majestad de mi trono
Fue hollada; corrió la sangre
De un vasallo generoso;
Tal vez peligró la mía...
Haced, merino, que pronto
La mi córte se reuna.
Luego á presidirla corro,
Y desde el fallo á la pena
Solo un breve plazo otorgo.

ESCENA IX.

EL REY, DON JUAN, LEIVA.

Leiva. (¡Desventurados amigos!
No puedo daros socorro.)

ESCENA X.

EL REY, DON JUAN, LEIVA, CASTRO.

Castro. Señor, hablaros desea
Una dama...

Rey. ¿Quién...?
Castro. Lo ignoro.
Calla, y el rostro velado...
Rey. ¿Si será...? Dejadme solo.

ESCENA XI.

EL REY, DOÑA SANCHA.

Sancha. A vuestros piés...

Rey. Tened, que la corona
No me excusa el deber de caballero
Yo, á quien rinden sumiso vasallaje
Tanta y tanta provincia, á la hermosa
Me gozo en tributar grato homenaje.
Alzad, señora, el envidioso velo.
No neguéis á mis ojos la ventura
De contemplar sin nube ese cielo.

Sancha. Miradme. Sancha soy.

Rey. No en vano el alma.
Me le anunció desde que al eco blando
De vuestra dulce voz perdió la calma.

Sancha. Las lisonjas dejad, rey don Fernando;

Que si nunca me engrie su tributo,
Hoy es ultraje á mi horfandad llorosa,
Hoy es escarnio á mi infelice luto.

Rey. El labio á su pesar... Perdon, hermosa.

Cuando anegado en lágrimas el rostro
Y herido el corazón de dardo aleve
La sangre me pedís de vuestro hermano,
Callar sus votos el amante debe
Y su imperio ostentar el soberano.
Ora halagueis con plácida esperanza
Mi ardiente amor ó le esquivéis impía,
No llorareis, lo juro, sin venganza.

Sancha. ¡Venganza! ¡Ah! No la pide mi
amargura.

Justicia sí.

Rey. No viola la justicia
El que venga á las leyes. Si sangriento
Como lo fué la culpa es el castigo
El nombre que le diéreis poco importa.
Justa es el hacha si los brazos corta
Que osaron desnudar viles puñales,
Y con su sangre vengarán la vuestra
En justa expiación los Carvajales.

Sancha. Maldigo con horror al alevoso
Que dió la muerte á mi infeliz hermano,
Pues abrigó á los dos un seno mismo,
Bien que fué para mí crudo tirano.
Mas ni al sagrado altar de la justicia,
Ni á mi acerbo dolor fuera consuelo
De sangre no culpada el sacrificio.

Delincentes no son los Carvajales
Por mas que la calumnia bajo el velo
De lealtad oficiosa los denuncie.
Yo lo juro, señor, lo juro al cielo.

Rey. ¿Qué escucho! ¡Doña Sancha los
defiende!

Sancha. Doña Sancha defiende á la inocencia.

Mal que le pese á la cobarde envidia,
Jamás en tan hidalgos corazones
Cupieron la vileza y la perfidia.
Sita mi reja en frente del alcázar,
Desde ella vi la dolorosa escena;
Y ya mi hermano el ay de la agonía
Lanzaba ¡oh Dios! en la sangrienta arena
Cuando los dos valientes caballeros
Paz gritando á la ciega muchedumbre
En medio se arrojaron del tumulto,
Que tal vez á su ruego se deshizo.
Si no es verdad, persigame insepulto
De mi hermano el espectro noche y día.

Rey. Vos ignorais tal vez que don Gonzalo

Poco antes de su rey se despedía
En guisa de rebelde y con sañudo,
Provocador talante, que á fe mía
Me inspiró menos ira que desprecio;
Que no alcanza á turbar mi augusta frente
La estéril rabia del orgullo necio.

Sancha. Si fué Gonzalo audaz, si fué imprudente

¿Han de sufrir la pena sus hermanos?
Don Pedro Carvajal es inocente. —
Los dos: también don Juan.

Rey. Mas de una causa
Muéveme á reputarlos enemigos.
Presos en la asonada entrambos fueron
Y acordes los acusan dos testigos.

Sancha. Mienten. El oro vil compró su
lengua.

¿No merece mas crédito la mía?
¿Tanta sería mi maldad, mi mengua,
Que de mi sangre misma á los verdugos
Yo osara defender?

Rey. Y alma de tigre
Tendría el juez que condenar pudiera
A quien vos defendéis.

Sancha. ¿Qué escucho! ¡Oh gozo!
¿Será...? ¿Serán absueltos? ¡Infelices!
Si, saldrán del oscuro calabozo
Donde gime aherrojada su inocencia,
Y ambos bendecirán, y yo con ellos
Bendeciré, señor, vuestra justicia.
¿Callais? ¡Ah! No os agravie mi impaciencia.

Decid: « Yo los absuelvo; sean libres, »
O si aun dudais, desde el excelso trono

Suene la grata voz de la clemencia.
Decid, señor, decid: « Yo los perdono. »
Rey. ¡Oh Sancha, Sancha!... El corazón
te vende.

No inspiran la piedad ni la justicia
Esa ardiente elocuencia, ese abandono.
Solo el amor, y amor profundo, ciego
Habla... y delira así; y el llanto, el ruego
Disfraza en vano el labio temeroso
Cuando el silencio mismo nos delata,
Y amor asoma al párpado lloroso,
Y el rubor de la frente lo retrata.

Sancha. Bien decís: si mi rostro lo descubre,

Si mi amor es legítimo, inocente,
¿A qué negarlo? Si; yo amo á don Pedro.
O ha de callar mi lengua, ó nunca miente.

Rey. ¡Vos á don Pedro amais!

Sancha. Feliz le amaba.
¿Queréis que en la desgracia le abandone?
Rey. ¡Oh furor!

Sancha. Os irritó cuando callo;
Si hablo os irritó mas. — ¡Ay de mí triste!
Por la vuestra juzgad si un alma tierna
A la pasión fatídica resiste
En que cifra su bien. ¡Ay! En mal hora
Contemplaron amantes vuestros ojos
A esta infeliz...

Rey. Y en hora mas aciaga
Encoña de mi pecho la honda llaga
La dicha de un rival á quien detesto
Aun mas que os amo á vos; rival funesto
Que de la sangre ahoga el grito santo
En vuestro corazón. Vos, que sin llanto
Veis de un hermano la horrorosa herida,
¡Llorais de amor indigno poseída
Y el alma os cubre de mortal espanto
El peligro del bárbaro homicida!

Sancha. ¡Faltaba entre los viles detractores

La bastarda ojeriza de los zelos,
Linaje ruin de impúdicos amores!
¿No caben dos afectos por ventura
Dentro de un corazón? Lloro al hermano
Y Dios ve mi dolor y mi amargura;
¿Mas le habré de inmolar al fiel amante
Porque ose denigrarle la impostura?
Si deberes la sangre nos recuerda,
También el corazón tiene sus leyes,
Y á contrastar su imperio no es bastante
El tirano capricho de los reyes.

Rey. ¡Fatal imperio que á la incauta
lengua

Tales acentos deslumbrado inspira.
¡Creed al corazón, desventurada,
Que en vez de mitigar mi justa ira
Enardecerla mas ciego os ordena

Sancha. ¡Señor!... ¿Qué he dicho...?
¡Ay Dios! Si me enajena
El dolor que me oprime, sed piadoso,
Y no un amante... á mi pesar quejoso;
Oigame en vos un rey justo y clemente;
Oigame un caballero generoso.

Rey. Vos, oh Sancha, que sois tan indulgente

Con vuestro corazón, pensad os ruego,
Que es vano empeño y loco desvarío
Lo que al vuestro negais pedir al mío.
Oidme y resolved. Si en vuestro labio
Halaga á mi pasión dulce esperanza,
De las leyes el justo desagravio
Yo á vuestros pies sacrificar prometo,
Y mi orgullo y mi encono y mi venganza.
Mas que el amor con halagüeños lazos
Os una á mi rival aborrecido
Y me escarnezca luego en vuestros brazos,
¡No lo esperéis de mí! Vivo, en buena hora:
Vuestro, jamás. Hasta espirar el día
Su juez seréis. Si es grande el sacrificio
No es leve el don. — Mi dicha... ó su suplicio.

ESCENA XII.

DOÑA SANCHA.

¡Cruel! No hay dicha para ti en el mundo
Si la esperas de Sancha. Y cuando fuera
Tanta mi mengua que á tu vil deseo
Mi acrisolado honor prostituyera,
Jamás la vida á precio tan infame
Comprara Carvajal. ¡Oh, dueño mío!
¡Antes mil veces la segur derrame
Tu ilustre sangre, y en tu mármol frío
Yo fallezca de amor y de despecho!
Que tú también en mi angustiado pecho
Antes quisieras ver punzante daga
Que de antojo brutal la torpe huella
En mi llerosa faz. ¡Ay trance amargo!
¡Ay desdichada la que nace bella!
No temas, no. Si mi dolor inmenso
No me atea á los ojos del tirano,
Yo mi cabello mesaré furiosa
Y este rostro ajará mi propia mano.
Solo á tus ojos parecer hermosa
Pudírame halagar, ¡y ya en tus ojos
No me puedo mirar embelesada! —
¿Quién abrirá á mi llanto esos cerrojos?
¡Oh si al menos mi boca enamorada

El postrimer adios pudiera darte! —
Mas una idea... Sí... No desespero.
¡Oh amor! protege mi inocente engaño.
Probemos... ¡Ah de casa! ¡Carcelero!

ESCENA XIII.

DOÑA SANCHA, EL CARCELERO.

Carc. ¿Quién llama?
Sancha. ¿Me conocéis?
Carc. Sí. ¿No sois la hermana vos
Del difunto Benavides?
Sancha. Bien lo muestra mi dolor.
Añan de justa venganza
Me conduce á esta mansion.
Sé que ha sido un Carvajal
El asesino feroz,
Mas como el crimen horrendo
Niegan tenaces los dos,
Mi labio ignora á quién debe
Fulminar su maldición.
En esta estancia no ha mucho
El rey mis quejas oyó.
Vos lo sabéis.

Carc. A mi oído
Llegó el eco de su voz.
Sancha. ¡Cielo! ¿Oísteis...?
Carc. No, señora,

¡Que el respeto me alejó,
Y á fuer de buen carcelero
Ciego y sordo-mudo soy.
Sancha. Yo á los presos he de ver.
Así su propio terror
Descubrirá al delincuente.

Carc. Señora...
Sancha. El rey lo mandó.
Carc. Créolo así; pero... á solas...
Sancha. ¿Temas? Armada no estoy
De puñal, ni me vengara
Con él; que es sobrado honor
Para un asesino infame.
Carc. (Esta mujer es atroz.)
Pues sois la parte contraria,
Y hay guarda, y vigilo yo,
Y el rey lo ordena, no hay riesgo...

Sancha. ¡Andad!...
Carc. A traerlos voy;
Pero ved que al fin son prójimos.
Tened de ellos compasión.

ESCENA XIV.

DOÑA SANCHA.

¡Bien haya un hombre tan necio
Que no advierte cuánto son
Forzados en lengua amante
Los acentos del rencor!

ESCENA XV.

DOÑA SANCHA, DON PEDRO CARVAJAL,
DON JUAN CARVAJAL.

(Don Juan Carvajal se sienta retirado
y medita.)

P. Carv. ¿Qué veo! ¡Sancha! ¡Es posible...!

Sancha. Deteneos...
P. Carv. ¿Grato don
De los cielos! ¡Sancha mía!

Sancha. Bajad, don Pedro, la voz.
(Se acerca á la puerta de las prisiones
y mira.)

P. Carv. Nadie nos oye. ¿Qué objeto
Te conduce á mi prision?
Sancha. Ya el carcelero se aleja. —
¿Quién, Pedro, sino el amor
Me trajera aquí?

P. Carv. ¡Bien mío!
(Se abrazan.)

¿Es cierto, ó soñando estoy?
¡Tú en mis brazos! Luz divina
Disipa el lóbrego horror
De mi cárcel, y en tí veo
El ángel de redención.

Sancha. ¡Ay, Pedro!
P. Carv. ¡Qué! ¿Ya no queda
Esperanza?

Sancha. ¡Solo en Dios!
P. Carv. ¿Todos nos culpan? ¿No hay ya
Justicia en la tierra?

Sancha. ¡No!
Testigos para acusaros
Compra el oro corruptor.
Si alguien osa defenderos,
Segura es su perdición.
Y cuando el juez es verdugo,
¿Cómo aplacar su rigor?

P. Carv. Si el rey...
Sancha. Postrada á sus pies
Con elocuente aflicción
Defendí vuestra inocencia...

Y su pecho se apiadó.

P. Carv. ¿Cómo pues...?

Sancha. Mas ¡qué piedad!

P. Carv. ¡Sancha!

Sancha. La muerte es mejor.

P. Carv. ¿Qué escucho?

Sancha. Pone en mis manos

Tu suplicio ó tu perdón.

P. Carv. ¿Y tu respuesta...?

Sancha. ¡Oh Dios mío!

Nunca fué tanto mi amor;

Mas él te ofrece la vida...

¡Y yo la muerte te doy!

P. Carv. Tiemblo de oírte.

Sancha. El secreto

De mi alma sorprendió,

Y este amor que era tu gloria

Tu mayor delito es hoy.

P. Carv. ¡Desventurado de mí!

Acaba. ¿Y su labio osó...?

Sancha. ¡Pacto infame! No mi lengua;
Digatelo mi rubor.

P. Carv. ¿Y no hay rayos en el cielo!

J. Carv. No acuses, blasfemo, á Dios.
(Se levanta.)

P. Carv. ¡Triunfa ese monstruo execrable
Que el negro abismo abortó,
Triunfa, y la muerte ó la infamia
Nos reserva su furor;
¿Y no he de quejarme al cielo?
¡Ah! No hay en mi corazón
Tanta virtud.

J. Carv. Los arcanos
Respetá del Criador.

¡Feliz quien se alza inocente

A la celeste región

Y se sienta entre los ángeles

Como Abel y como Job!

Muere sereno y no envidies

El triunfo del pecador.

¿Qué es una vida acosada

De remordimiento atroz?

Vuela y le aguarda en la tumba

Eterna condenación.

Sancha. Piensa, mi bien, que muriendo
Salvas tu fama y mi honor.

J. Carv. ¿Ves? Débil mujer alienta
Al esforzado varón.

Sancha. ¡Ah! ¡Yo serena me finjo

Y muerta de pena estoy!

No es tanta de nuestra estrella

La cruel persecución,

Pues abrazados podemos

Darnos el último á Dios.
(Se abrazan.)

P. Carv. Sancha, esa dulce ternura

Roba á mi pecho el valor
Para morir. ¡Ser amado,
Reinar en tu corazon.
Nutrir risueña esperanza,
Y verla agostada en flor!

Sancha. ¡Ah! No morirás tú solo;
Que yo de mármol no soy.
La tumba nos unirá
Ya que los altares no.

P. Carv. ¡Cuán cariñosa y cuán bella!
Mirame así, dulce amor;
Roba su presa al verdugo
¡Y muera en tus brazos yo!

J. Carv. ¡Apartad, desventurados!
(Los separa, y queda entre los dos.)
No ofendais al Redentor.
Desterrad de vuestro pecho
Toda humana sensación;
¡Que el trance final se acerca
Y el tiempo corre veloz!

P. Carv. Mi amor es cándido, es puro,
Que su virtud lo inspiró.
Pues para amarnos nacimos,
Y somos libres, y voy
A morir ¿quién mis halagos
Culpará...?

J. Carv. La religion.
Apartaos, yo os lo ordeno;
Yo, ministro del Señor.

P. Carv. ¡Oh!... Tú me acuerdas un bien
Que en mi horrible situacion
Ya no esperaba. Señora,
Vos me amais; yo os amo á vos...
Hé aquí mi mano. El que ahora
Os la ofrece en la prision
Os la ofreciera lo mismo
Cumpliendo lo que juró
Si daros pudiera en arras
Todo el imperio español.

Sancha. Yo sé despreciar grandezas,
Que me basta un corazon. —
Pobre preso, he aquí la mía.

(Tendiendo la mano.)

Con orgullo te la doy.

P. Carv. ¡Sacerdote! Todo es templo
(A su hermano.)

Quando se alza el alma á Dios.
El caballero se humilla:
Bendiga el comendador.

(Don Pedro Carvajal y doña Sancha se arrodillan.)

J. Carv. Si Dios permite benigno
Que de infame delacion
Triunfe Pedro y libre vuelva
A gozar la luz del sol,
¿Seréisle fiel, doña Sancha?

Sancha. ¡Oh, sí! Eternamente.

J. Carv. ¿Y vos
De caballero y cristiano
Cumplireis la obligacion?

P. Carv. Siempre.
J. Carv. En nombre del Eterno

Justo, omnipotente Dios,
Yo vuestros votos acojo.
Recibid mi bendicion.
Si aquel que con soplo leve

Hizo polvo á Jericó
Del impío rey nos libra
Y el juez prevaricador,
Benedicidle luengos años
En casta y plácida union;
Mas si una precaria vida
Nos demanda el Salvador,
Cumplamos su voluntad
Como el padre de Jacob.
Y vosotros, ofrecedle
Con pía resignacion

La suspirada ventura
Que os roba muerte precoz.
Mayor será vuestra dicha
En otra vida mejor.

ESCENA XVI.

Doña SANGHA, DON JUAN CARVAJAL,
DON PEDRO CARVAJAL, EL CARCELERO.

(Llega el carcelero sin ser visto por los demás interlocutores y, como dominado por el prestigio del acto que presencia, se arrodilla tambien. Don Juan Carvajal prosigue.)

J. Carv. De ese humano sacrificio
Dios os dará el galardón,
Y en aquel glorioso eden
Que á los justos reservó
Flores de eternal aroma
Brotarán para los dos. —
Alzad.

(Don Pedro Carvajal y doña Sancha se levantan y se abrazan.)

Sancha. ¡Bien mio!
Carc. ¿Qué escucho!
(Levantándose.)

P. Carv. ¡Esposa mia!
Carc. ¡Traicion!
¡Engañarme así...!

(Los separa.)

P. Carv. ¡Un momento!
Sancha. ¡Apartad!
¡Por favor...!

Carc. No hay favor.
P. Carv. ¡Adios!
Carc. Ya basta.

Sancha. ¡Adios!
Carc. ¡Ea, á la prision!
J. Carv. Ya obedecemos. — ¡No mas!
P. Carv. ¡Amargo instante!

Sancha. ¡Oh dolor!
Carc. (¡Pobrecillos!...) Acabemos.
(Medio enternecido.)

Entrad presto. — Salid vos.
(Separándolos con violencia.)

ACTO TERCERO.

El teatro representa una parte de la villa de Martos, situada en anfiteatro sobre una alta colina. A la izquierda del actor habrá una quinta de arquitectura árabe con emparrado, naranjos y macetas de flores á la entrada. Sobre este edificio, que será de un solo cuerpo, habrá una azotea. En lo mas alto del cerro se elevará hacia la derecha un áspero y desnudo risco, en cuya cima habrá una meseta y sobre ella un castillo con puerta que á su tiempo ha de abrirse. Habrá tambien una loma transitable entre la villa y la fortaleza.

ESCENA PRIMERA.

EL REY, CASTRO.

(Aparece el rey voluptuosamente reclinado sobre un escaño de junco bajo el emparado y entre las flores y frutales que adornan la entrada de la quinta. Castro en pié á su lado.)

Rey. Deliciosa quinta es esta.
Los monarcas del oriente
Sabén serlo; que no hay gloria
Como nadar en placeres.
Buen alarbe que plantaste
Estos amenos verjeles,
Si yaces en torno mio
Bajo algun florido césped,
Séate ligera mi planta;
Que aunque austera me lo vede
Mas estrecha religion,
Yo tambien, nieto de reyes,
Perdidás cuento las horas
Que no hermosea el deleite.

Castro. Por cierto que vuestro hermano

En el cerco de Alcaudete,
Entre cascós y ballestas
No tendrá tan buen albergue.

Rey. La esperanza de vencer
Le consolará. Es valiente.
Yo tambien de tal blasono;
Mas acaudille mis huestes
En buen hora; que es locura
Arrostrar soles y nieves
Por ganar, Castro, una villa
El que tantas villas tiene.
Me hallo bien entre las rosas
Y no envidio sus laureles.

Castro. Solo faltaba, señor,
A vuestra dicha que fuese
Menos vana y desdeñosa
Doña Sancha.

Rey. Está rebelde;
Mas no pierdo la esperanza,
Que el tiempo todo lo vence.

Castro. Olvidadla. Mil bellezas
Ansiarán lo que ella pierde;
Que los reyes son contados
Y sin cuento las mujeres.

Rey. Nacen todas caprichosas,
Mas Sancha á todas excede.
¡Desprecia al rey de Castilla
Por un condenado á muerte!
Confieso que al declararlo
Su boca, como un demente
Me enfurecí; mas la calma
Otra vez al seno vuelve;
Que si de un placer me priva,
Otro mas dulce me ofrece:
La venganza.

Castro. Aun no ha vencido.
Fiad en su sexo débil.
Si ama á Carvajal, acaso
Quando el momento se acerque
Del suplicio...

Rey. No está lejos.
Pero ¿qué hace que no viene
Mi caro tío?

Castro. Sin duda
Temeroso de la plebe
Dictando está precauciones...

Rey. ¿Qué concepto te merece
Mi tío?

Castro. Señor...
Rey. ¿Te turbas?
Hablar sin recelo puedes.

Castro. Pues le dais vuestra confianza,
Digno de ella me parece.

Rey. ¡Lindamente! ¿Y qué dirias
Si de mí gracia cayese?

Castro. Señor...
Rey. ¡Señor!... Yo no gusto

De aduladores; ¿entiendes?
 ¡Que nunca se libre un rey
 De esa maldecida peste!
 Si te precias de sincero,
 Di que es don Juan un alevé,
 Un traidor, un ambicioso;
 Di que España le aborrece
 Como le aborrezco yo;
 Di que me afrenta y me vende.

Castro. (¡Hoy la toma con don Juan?
 Seguiremos la corriente.)
 Pues queréis, señor, que os diga
 La verdad, mucho se duelen
 Vuestros súbditos leales
 De que las riendas se entreguen
 Del Estado á un hombre odioso,
 Indigno de su progenie
 Excelsa, y cuya maldad
 Ya es proverbio entre las gentes.

Rey. Es un perverso.

Castro. Un hipócrita.

Rey. Escrita lleva en la frente
 La perfidia y la bajeza.

Castro. Rastrero y vil con el fuerte,
 Tirano con el humilde,
 Y si la fama no miente,
 (Perdone el señor don Juan)
 Tiene sus puntas de hereje.

Rey. Yo mi privanza le di
 Mancebo inexperto y débil.
 Sus lisonjas me engañaron,
 Mas no tardé en conocerle.
 Si aun sufro y el pié no pongo
 Sobre su cuello insolente,
 Temor del poder inmenso
 Que ha usurpado me detiene;
 Que ese infame, aunque rubor
 El confesarlo me cueste,
 Mas que yo manda en Castilla.
 Mas día vendrá en que truene
 Mi reprimido furor
 Y él caiga y Castilla tiemble.

Castro. (Si así pierde su privanza,
 No sea yo quien la herede!)

(*Suena un atabal.*)

Rey. ¿Qué atabal...?

Castro. El pregonero,
 Que recorre los cuarteles
 Anunciando la sentencia...

Rey. Así será mas solemne.

Pregon. (Gritando dentro.) El rey, y en
 su real nombre el su merino mayor: Visto
 el juicio formado contra los hermanos don
 Juan y don Pedro Carvajal, acusados y
 convictos del crimen de alevosía y traicion
 y homicidio violento, los condena á ser

arrojados por mano del verdugo de lo alto
 de la peña de esta villa de Martos para es-
 carmiento de traidores.

(*Suena otra vez el atabal.*)

Rey. ¿Y cómo el terrible fallo
 Oyeron los delincuentes?

Castro. Con noble serenidad.

Rey. Sus almas son de buen temple;
 Y me huelgo de saber
 Que como soldados mueren.

(*Corónanse de soldados las almenas del
 castillo. Un oficial distribuye otros por
 la toma que conduce de la villa á la peña.
 Otro coloca tambien centinelas en varios
 puntos para tener en respeto al pueblo,
 que saliendo de la villa va ocupando el
 cerro.*)

ESCENA II.

EL REY, CASTRO, SOLDADOS, PUEBLO.

Castro. Ya los arqueros asoman
 Por las almenas del fuerte.

Rey. Y el populacho curioso
 Por la colina se tiende.

Castro. ¡Que siempre atraigan al vulgo
 Espectáculos crueles!
 Miradlos. Con menos ansia
 Asistieran á un banquete.

Rey. ¡Singular pasión! Y acaso
 A los reos compadecen
 Y si librarlos pudieran...

Castro. No haya miedo que lo intenten,
 Que está el cerro bien guardado
 Y hay cuatrocientos ginetes
 Entre la plaza y la vega.

(*Sordo rumor y continuo movimiento de la
 muchedumbre de ambos sexos y de todas
 edades que pugna por cojer puesto. Los
 soldados los desvian con aspereza, y pro-
 curan imponer silencio.*)

Rey. Como soy que me divierte
 Aquel confuso bullicio.

Castro. Cubierto con esa verde
 Espesura nadie os ve.

(*Siguen hablando aparte.*)

Una muj. ¡Ave Maria! No apriete.

Un homb. Haga paso.

Otro. ¡Nari-Nuño!
 Por aquí.

Otro. ¡Niños de leche
 A estas funciones! ¿No ve
 Que es fácil que la atropellen?

Una muj. Lo traigo para que aprenda.
Un homb. ¡Si apenas tiene seis meses!
Un sold. ¡Eh! Poca bulla. Ya he dicho.
 (*A otro grupo.*)

Que se callen y se asienten.

Un niño. Madre, ¿dónde está la horca?

Una muj. No hay horca.

Un niño. Pues ¿cómo mueren?

Una muj. ¡Despeñados!

Una jóv. ¡Virgen madre!

Otra. ¡Qué horror!

Un homb. Y son inocentes.

Un sold. ¿Qué ha dicho?

(*Amenazando.*)

El homb. Yo nada..., nada...

(*Temblando.*)

Otro sold. ¡Silencio! Nadie resuelle.

(*Las amenazas de los soldados aterran á la
 multitud; y aunque siguen los murmullos
 con muestras de general descontento, ya
 nadie osa alzar la voz. Quién mani-
 fiesta oír á otro con curiosidad é interés;
 otros alzan las manos al cielo, ó con di-
 versas demostraciones mudas hacen ver
 la compasion que les inspiran los sen-
 tenciados. Algunas madres y algunos an-
 cianos se ponen el dedo en la boca como
 para contener á la juventud imprudente.
 La variada animacion del cuadro, mas
 ó menos perceptible, no ha de cesar hasta
 el fin del acto.*)

Castro. Aquí se acerca don Juan.

Rey. Ya me tenía impaciente.

ESCENA III.

EL REY, CASTRO, DON JUAN,
 CASTAÑEDA, LEIVA, SOLDADOS,
 PUEBLO.

(*Don Juan, Castañeda y Leiva vienen por
 la parte de la villa.*)

Rey. ¿Llegó la hora? ¿Es negocio
 Tan grave...?

Juan. Señor, faltaba

Al freile de Calatrava
 Degradar del sacerdocio.

Rey. Si el prelado resistía...

Juan. No; que os ha servido bien

El obispo de Jaen.

Rey. ¡Le degrada don García!

Juan. Tenéisle á vuestra obediencia.

Rey. Gran pena os habrá costado

El conseguir del prelado
 Ese acto de complacencia;
 Que no sin cuenta y razon
 A la corona real
 Su báculo pastoral
 Rinde mitrado varon.

Juan. No es mucho que lo consienta

Y á vuestro querer se dome,

Pues Calatrava le come

Los dos tercios de su renta.

(*Suena otra vez el atabal, y dentro en án-
 gulo distinto se repite el pregon; al oírlo
 se aumenta el murmullo popular, pero
 la tropa lo reprime.*)

Rey. Ese pueblo es mala grey.

Oye el pregon con tal cara

Que de la peña arrojara

Al pregonero... y al rey.

Juan. Señor, vuestra autoridad...

Rey. No os hagais, tío, de nuevas.

Ya sabeis que tengo pruebas

De su buena voluntad.

Siento que el rostro me tuerza;

Mas ¿qué me puede pedir

Si yo le dejo elegir

Entre el amor y la fuerza?

Doble la fe su rodilla

O dóblela el torpe miedo,

¿Qué importa? Contento quedo.

Todo es reinar en Castilla. —

Mas ya el suplicio se apresta,

Y pues no acusa el calor,

Venid; desde el mirador

Gozaremos de la fiesta.

Leiva. Podrá achacar esa accion

El mundo á cruel deseo.

¡Ver un rey la cara al reo

Sin concederle el perdon!...

Rey. ¿Qué os importa á vos el juicio

Que el mundo forme de mí?

Leiva. Señor, mi celo... Creí...

Rey. ¡Eh! Callad.

Leiva. Si es deservicio

Dar un prudente consejo...

Rey. Es consejo impertinente,

Leiva, y lo sufro indulgente

Porque sois un pobre viejo.

Idos si os han de mover

Los traidores á piedad,

Y por sus almas rezad,

Que bien lo habrán menester.

Yo, que privarme no quiero

De escena tan singular,

Así el nombre he de ganar

De monarca justiciero.

ESCENA IV.

LEIVA, SOLDADOS, PUEBLO.

Leiva. ¡Justicia, cuál se mancilla
Tu santo nombre en la lengua
De un príncipe insano! ¡Oh mengua!
Desventurada Castilla!

ESCENA V.

EL REY, DON JUAN, CASTRO,
CASTAÑEDA, SOLDADOS,
PUEBLO.

*(El rey y su séquito aparecen en el
mirador.)*

Soldados. ¡Viva el rey Fernando! —
¡Viva!

*(Dos ó tres veces inclina el rey levemente
la cabeza. El pueblo murmura.)*

Juan. Ved, señor, cuál se alborozan
Al veros...

Rey. Sí; los soldados.

Un sold. ¡Viva el rey!

Otro. Fuera esa gorra.
(A un hombre.)

¡Viva el rey! ¿No grita?
El homb. ¡Viva...!

(Con voz apagada.)

¡Mala hora de Dios le coja!

Sancha. ¡Dejadme! Yo le he de hablar.
(Dentro.)

¡Justicia!

Un sold. ¡Tened, señora!

ESCENA VI.

EL REY, DON JUAN, CASTRO,
CASTAÑEDA, DOÑA SANCHA,
SOLDADOS, PUEBLO.

*(Llega doña Sancha con el rostro pálido,
el cabello descompuesto y gritando con
desesperación; quiere penetrar en la
quinta y los soldados se lo impiden.)*

Sancha. Es una maldad horrible
Que la venganza provoca

Del cielo. ¡Son inocentes!

*(Nueva agitación del pueblo reprimida por
los soldados.)*

Rey. ¡Qué voz! ¡Doña Sancha ahora...!

Sancha. ¡Crueles! Dejad que el rey

Me vea; dejad que oiga

La verdad...

Juan. Este impensado

Accidente...

Rey. Mas hermosa

La hace el despecho á mis ojos. —

Pero si el pueblo alborota...

Sancha. ¡Allí está! ¡Señor, señor!

Si en algo estimais la gloria,

Si al grito de la justicia

Vuestra alma de rey no es sorda,

Derogad esa sentencia

Atroz, fiera, escandalosa.

¡Son inocentes!

Soldados. ¡Atrás!

*(A los grupos del pueblo que se mueven
con marcado interés hácia donde se halla
Sancha.)*

Juan. El dolor que la acongoja.
(Al pueblo.)

Amigos, turba su mente.

Era la hermana amorosa

De Benavides. La misma

Que asesinado le llora,

Por sus infames verdugos,

Demente ¡oh dolor! aboga.

Compadece su delirio.

(El pueblo da muestras de compasión.)

Sancha. Miente esa lengua traidora.

No deliro: el rey lo sabe.

Yo lo juro por mi honra,

Por mi vida, por mi alma.

Son inocentes. Sus obras

Mas que mi voz los defienden.

Otros merecen la nota

De asesinos: ella no.

Rey. Ea, prended á esa loca,

Y conducidla á un encierro

Donde en segura custodia...

(Los soldados vacilan.)

Obedeced.

*(Varios soldados rodean á Sancha en
actitud de hacerla retirar.)*

Sancha. La verdad

Ha de sonar en mi boca

Mientras respire.

Rey. ¡Soldados!

Un homb. ¡Quietos, que la guardia do-
blan!

*(A otro que va á embestir á los soldados.)
(Acude en efecto mas fuerza armada.)*

ESCENA VIII.

EL REY, DON JUAN, CASTRO, DON PEDRO
CARVAJAL, DON JUAN CARVAJAL, EL
MERINO, EL VERDUGO, ALGUACILES,
ATABALEROS, SOLDADOS, PUEBLO.

Un homb. ¡Allí están!

Un niño. ¡Allí!

Una muj. ¡Qué lástima!

Un homb. Aquel es Pedro; aquel Juan.

Otro. Ya le han quitado las órdenes.

Una muj. ¡Sacrilégio!

Otra. ¡Iniquidad!

Un sold. ¡Silencio!

Un homb. ¡Y era tan bueno!

Una muj. ¡Y don Pedro tan galán!

Una jóv. ¡Qué pena! ¡Morir así,

Y en lo mejor de su edad!

Otro sold. Punto en boca. Vea y calle
Quien no los quiera imitar.

P. Carv. ¿Con que ya llegó el momento?
(Abatido.)

¿Sancha mia, dónde estás?

¿Quién dijera que en mis bodas

Fuera esta peña el altar,

Y mis preseas de novio

Este infamado gaban,

Y áspero derrumbadero

Mi tálamo conyugal!

J. Carv. Mostremos, hermano mio,

La noble serenidad

De cristiano y de nobles

En el término fatal.

Y honrará nuestra memoria

La justa posteridad;

Que solo al malvado infaman

La cuchilla y el dogal.

P. Carv. No siento por mí la muerte.

Por Sancha... ¡Ay Dios! ¿Qué será

De la infeliz? ¡Me ama tanto!...

¡Y llora en triste horfandad;

Y un tirano...

J. Carv. Su virtud

Los cielos ampararán.

Allí lauro inmarcesible

Guardado á los tres está.

Eleva el alma al empuje,

Y sobre ese lodazal

De miserias y de crímenes

No tiendas la vista mas.

No se diga, Pedro mio,

Que espanto ahora nos da

La muerte que en cien batallas

Vimos con serena faz.

¿Qué es el dolor de un instante

Rey. ¡Llevadla! ¡Pésia mi saña...!

Sancha. ¡Apartad...! ¡Ah, que me
ahoga

El dolor...! Matadme, impíos.

Si su noble sangre es poca

Para saciar á ese monstruo.

Madres, hermanas, esposas,

Rogad, maldecid... ¡Dios mio!

¿Y es posible que aun no rompáis,

Pueblo oprimido, la férrea

Cadena vil que te agobia?

¡Cobardes!

*(Al són de atabales y trompetas aparecen
por la loma y se dirigen al castillo el
juez, alguaciles, soldados y el verdugo.)*

¡Ay! ¡El verdugo!

Yo... muero.

*(Cae desmayada entre los soldados y se la
llevan.)*

Juan. Llevadla ahora.

ESCENA VII.

EL REY, DON JUAN, CASTRO, CASTAÑEDA,
EL MERINO, EL VERDUGO, ALGUACILES,
ATABALEROS, SOLDADOS, PUEBLO.

Rey. ¿Habrás muerto...?

Castro. No. Un desmayo...

Rey. Id, Castañeda; volad.

Que velen por su salud. —

Es bella... y no es Carvajal.

*(El merino, alguaciles, etc., llegan á la
puerta del castillo; ábrese esta, sale el
alcaide con los reos, que visten simples
túnicas sin ningun distintivo; los en-
trega al juez y vuélvase al castillo que-
dando otra vez cerrada la puerta.
Castañeda baja del mirador, atraviesa
el teatro y desaparece en la direccion
que llevó doña Sancha. El rey sigue
hablando con Castro y el infante. Todos
fijan la vista en la peña, el pueblo da
vivas señales de curiosidad y compa-
sion; los soldados vigilan con mas aten-
cion y preparan sus armas. El sol
empieza á nublarse y oyesse algun trueno
lejano.)*

Si se llega á comparar
Con la celeste ventura
De toda una eternidad?

P. Carv. ¡Oh! Tú confortas mi espíritu.
Tu voz es voz paternal.
¡Voz de Dios! Te imitaré.
Digno de tí me verás
Hasta el postrimer instante.

Rey. ¿Aun no da el juez la señal?
(*A don Juan.*)

¿A qué aguarda...?
Merino. Caballeros,
La hora pasó... Acabad. —
Cumplid vos vuestro deber.

(*Al verdugo.*)
P. Carv. No llegueis. Un Carvajal
No ha menester vuestro auxilio
Para morir. — Apartad.

J. Carv. ¡Pedro! Esa vida no es tuya.
Tu valor es criminal.
Dios no te manda matarte,
Sino dejarte matar. —
Buen hombre, haced vuestro oficio.
¿Qué importa un ultraje mas?
¡Así Dios lo ha decretado!
Cúmplase su voluntad.

P. Carv. ¡Dame el abrazo postrero;
J. Carv. ¡Adios! En la eterna paz
Tornaremos á abrazarnos.

(*Las nubes se condensan por instantes,
los truenos, ya muy cercanos, se multi-
plican; parte del pueblo se va retirando
á la villa huyendo de la tormenta que
amenaza.*)

Juan. Horrorsa tempestad
Nos amaga. Huid...
Rey. No puedo.

(*Turbado.*)
¡La mano de Satanás
Me clava aquí!

Una muj. ¡Dios piadoso!
Un homb. Huyamos del temporal.
(*Al desprenderse don Pedro Carvajal de los
brazos de su hermano fija la vista en
el mirador y exclama:*)

P. Carv. ¡Qué veo! ¡El tirano allí!
¡Oh colmo de atrocidad! —
¿Aun quieres en nuestra sangre
(*Gritando.*)

Los ojos apacentar?
Verdugo de la inocencia,
Nuestra sangre caerá
Gota á gota sobre tí.
El sol se niega á alumbrar
Tu fiereza, y trueno horrible
La cólera celestial.

Voces del pueblo. ¡Perdon! ¡Perdon!

Rey. No perdono.
(*Esforzándose á ocultar su terror.*)

(*El teatro queda enteramente oscuro: solo
algun relámpago deja ver los objetos por
intervalos; arrecia la lluvia; pocos del
pueblo permanecen en la escena; los de-
más huyen consternados; el rey queda
solo en el mirador haciendo vanos es-
fuerzos para retirarse.*)

ESCENA IX.

EL REY, DON JUAN CARVAJAL, DON
PEDRO CARVAJAL, EL MERINO, EL
VERDUGO, SOLDADOS, PUEBLO.

J. Carv. Yo tengo de tí piedad,
Y te perdono, infeliz;
Mas mi perdón ¿qué valdrá?
¡Escuchad, y oidme todos!
Mi labio pronto á espirar
Mueve inspiracion celeste.
Pues tu inaudita crueldad
Sin oír nuestra defensa
Ni la acusacion probar
Nos condenó, yo te cito
Al divino tribunal:
Allí donde no hay quien ponga
Mordazas á la verdad,
Ni son razones las lanzas
Cuando falla un juez venal.
Treinta dias es tu plazo.
Treinta dias vivirás.
Cuéntalos bien: no los pierdas;
Que irán y no volverán.
¡Cuéntalos bien! — Vos, ahora
(*Al verdugo.*)
La sentencia ejecutad.

(*Los Carvajales se dan las manos vueltos
hacia el bastidor de la derecha, y en el
momento de ser precipitados por el ver-
dugo óyese un trueno espantoso, y un
grito universal; el rey cae en tierra
sin sentido, y baja el telon.*)

ACTO CUARTO.

Arboleda en las inmediaciones de Jaen, que termina
en una quinta, cuya fachada y puerta principal se
ven en el foro. Habrá algunos bancos de césped.

ESCENA PRIMERA.

EL REY, DON JUAN,
EL MÉDICO, CASTRO, CASTAÑEDA,
CABALLEROS.

(*El rey, pálido, doliente, melancólico,
pasea lentamente sostenido en los brazos
de Castro y el médico. Don Juan y los
demás caballeros le siguen.*)

Rey. Mas despacio, mas despacio.
Hoy apenas tengo aliento
Para moverme.

Cast. Hoy está
(*Aparte á don Juan.*)

De remate. Aquel aspecto
Es mortal. Creo que pronto
Vacará en Castilla un cetro.
Preparáos...

Juan. ¡Oh si fuera
Aquel pronóstico cierto!
Pero es quimera. Jamás
He creído yo en agüeros
Ni profecias.

Castro. No obstante,
Desde el trágico suceso
De Martos, un solo dia
De salud y de sosiego
No ha lucido para el rey,
Y su mal es mas acerbo
Cuanto mas se acerca el fin
Del terrible emplazamiento.

Rey. ¡Ah!... No puedo mas...

Méd. Sentáos.
Basta por hoy de paseo.
(*Ayudado por el médico y Castro se sienta
el rey en un banco.*)

Rey. ¿Tan escasa es vuestra ciencia,
Doctor, que no hallais remedio
Para esta fiebre tenaz
Que me consume?

Méd. No advierto
Síntomas graves aún.
Al contrario; va en descenso
La calentura. Los aires
De Jaen, á lo que observo,

Os mejoran.

Rey. Bien hicisteis
En sacarme de aquel pueblo
De maldicion. Pero ¿adonde,
Adónde iré que el siniestro
Fantasma de aquella peña
No me aterre?

Juan. Esos recuerdos
Acrecientan vuestro mal.
Lanzadlos del pensamiento.

Rey. ¿Esperais curarme pronto?
Méd. Si no haceis ningun exceso
Y procurais desechar
Esos terrores funestos,
En breve, mediante Dios,
Que os restablezcáis espero.

Rey. ¿Cuándo?
Méd. Señor, no es posible..

Rey. ¿Cuándo?
Méd. Eso, lo sabe el cielo.

Rey. ¿Y tú no?
Méd. No llega á tanto

Mi ciencia.
Rey. Pues ¿qué es un médico?
¿De qué aprovecha, si ignora
Lo que no sabe el enfermo?

Méd. La práctica y el estudio
No siempre son del acierto
Prendas seguras, que todo
Al error está sujeto
En el mundo. Conocida
La enfermedad...

Rey. ¡Por san Pedro...!
¿Necesito yo un doctor
Para saber que padezco?

Castro. No os inquieteis.
Méd. Dadme pues
Licencia, si aquí mi celo
Es inútil.

Rey. Esperad.
Teneis entrañas de perro.
¿Quereis dejarme morir?

Méd. Si no domais ese genio,
Vos mismo os dareis la muerte.

Rey. Veintisiete años no cuento
Todavía, y ¡verme así!...
¡Y envidiar al mas abyecto
De mis vasallos, yo rey;
Yo cuyo poder supremo
Del mar cántabro se extiende
Hasta el gaditano estrecho!
¡Yo para el placer nacido,
Yo á quien nadie pone freno,
Ni lanzar puedo un venablo
Contra el jabalí soberbio,
Ni sobre dócil bridon
Señorearme caballero,